

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

Seccion eclesiastica.—Circular.

La ley de Instrucción pública, sancionada por S. M. en 9 de Setiembre último, previene en su art. 11 procure el Gobierno que los respectivos Curas párrocos tengan repasos de doctrina y moral cristiana para los niños de las escuelas elementales, lo menos una vez cada semana.

Persuadida S. M. de lo mucho que pueda contribuir la disposición indicada á fortalecer y estrechar los vínculos sociales, hoy por desgracia tan relajados, se ha servido determinar que inmediatamente se lleve á efecto; y á fin de que así se realice, ha tenido á bien disponer se escite el celo de los M. RR. Arzobispos y RR. Obispos, de cuya piedad espera confiadamente se apresurarán á dictar las medidas oportunas para la ejecución y cumplimiento de un mandato tan conforme con las prescripciones de la Iglesia católica, que ha mirado siempre como uno de sus primeros deberes la instrucción moral de los fieles, y que constantemente ha proporcionado á los párvulos, con amor y desinterés, el conocimiento de los preceptos evangélicos y de las máximas cristianas, inspirándoles al mismo tiempo la inclinación á su exacta observancia.

Los Prelados de la Iglesia se han mostrado en todas circunstancias ejecutores celosos de esta obligación; in-

cesario fuera, por tanto, encargársela de nuevo, si no fuese porque S. M. desea conste su firme propósito de no descuidar en lo mas mínimo la completa instrucción de sus súbditos en los deberes religiosos, base la mas segura de la paz y felicidad privadas, del sosiego y de la tranquilidad pública.

De Real orden lo digo á V. para los efectos que procedan, debiendo V. poner en conocimiento del Gobierno el modo de llevarse á efecto esta disposición en esa diócesis. Dios guarde á V. muchos años. Madrid 31 de Marzo de 1858.—Fernandez de la Hoz.—Sr...

(Gaceta de Madrid núm. 91.)

PARTE NO OFICIAL.

LA SEMANA SANTA.

(Conclusion.)

La Iglesia ha comenzado la conversión del pecador en las semanas que han precedido, y quiere consumarla en la presente. No es ya á Cristo ayunando, llorando en la montaña de la cuarentena, al que ofrece á nuestras miradas, es la Víctima universal inmolada por la salvación del mundo. Va á sonar la hora: el poder de las tinieblas se prepara á aprovecharse de los momentos que se le han dejado; se va á consumir el mas horrible de los crímenes. Dentro de algunos dias el Hijo de Dios será entregado en poder de los pecadores, y los pecadores le matarán.

La Iglesia no tiene ya necesidad de exhortar á sus hijos á la penitencia. Saben demasiado bien lo que es el pecado que exige semejante expiación. Ella está entregada toda entera á los sentimientos que la inspira el fatal desenlace que debe tener la presencia de un Dios sobre la tierra; y al espresar estos sentimientos por medio de la Liturgia sagrada, nos guía en los que nosotros debemos concebir por nosotros mismos.

El caracter más general de las plegarias y ritos de esta quincena es el dolor profundo que inspira ver al Justo oprimido por sus enemigos, hasta conseguir su muerte, y la indignación enérgica que se despierta contra el pueblo decidido. David y los profetas suministran ordinariamente el fondo de estas fórmulas de duelo. Ya es Jesucristo mismo quien revela las angustias de su alma, ya son terribles imprecaciones contra sus verdugos. El castigo de la nación judía se ostenta con todos sus horrores, y en cada uno de los tres últimos días se oye á Jeremias lamentarse sobre las ruinas de la ciudad infiel. La Iglesia no aspira á escitar una sensibilidad estéril, quiere infundir en el corazón de sus hijos un terror saludable: porque estando horrorizados por el crimen cometido en Jerusalem, y comprendiendo que ellos son culpables en ese atentado, sus lágrimas correrán más abundantes.

Preparémonos pues, á estas fuertes impresiones, demasiado desatendidas por la piedad superficial de nuestros tiempos. Recordemos el amor y benignidad del Hijo de Dios viniendo á confiar-se á los hombres, viviendo con su vida, continuando sin ruido su pacífica carrera; pasando sobre la tierra haciendo el bien (1) y veamos entretanto esta vida llena de ternura, de cōdescendencia y humildad terminar en un suplicio infame sobre el patíbulo de los esclavos. Consideremos por una parte al pueblo

perverso de los pecadores, que á falta de crímenes imputa al Redentor sus beneficios, que consume la más negra ingratitud por la efusión de una sangre tan inocente como divina, y contemplemos por otra parte al Justo por excelencia presa de todas las amarguras y su alma «triste hasta la muerte» (1). Contemplemos el peso de la maldición que pesa sobre él; el caliz que debe beber hasta las heces, á pesar de su humilde-reclamación, el cielo tan inflexible á sus oraciones como á sus dolores, y por último, oigamos salir de su boca este grito: «Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis abandonado?» (2). Esto es lo que conmueve á la Sta. Iglesia, esto es lo que propone á nuestra atención; porque ella sabe muy bien que si comprendemos esta horrible escena, se romperán por sí mismo los vínculos que nos unen al pecado, y que será imposible que continuemos por más tiempo siendo cómplices de tales atentados.

La Iglesia sabe también cuán duro es el corazón del hombre, cuánta necesidad tiene de temer para decidirse á la enmienda y he aquí por qué no economiza ninguna de las imprecaciones que los Profetas ponen en boca del Mesías contra sus enemigos. Estos horrosos anatemas son otras tantas profecías que se han cumplido á la letra sobre los judíos endurecidos. Ellos están destinados á enseñarnos lo que el cristiano debe temer, si persiste en crucificar de nuevo á Jesucristo, según la enérgica espresión de S. Pablo (3). Entonces se recuerdan estas palabras del mismo Apóstol en su epístola á los hebreos: «¿Qué suplicio no merecerá, dice, el que haya hollado con sus pies al Hijo de Dios; el que haya tenido por vil la sangre de la alianza con que fué santificado, y el que haya ultrajado al Espíritu de gracia? Nosotros sabemos que el ha dicho: *A mi la ven-*

(1) Math. XXVI, 38.

(2) Math. XXVII, 46.

(3) Hebr. VI, 6.

(1) Act. X, 38.

«ganza, y yo sabré tomarla. Y en otra parte: *El Señor juzgará á su pueblo.* «¡Que horrible será caer en las manos del Dios vivo! (1).»

Nada hay en efecto mas horrible; porque en los dias en que estamos «no ha perdonado ni á su propio Hijo (2)»: dándonos en este incomprendible rigor la medida del que nos aguarda si encontrase en nosotros el pecado que le obligó á mostrarse tan severo con su Hijo bien amado «objeto de todas sus complacencias (3).» Estas consideraciones sobre la justicia Divina hácia la mas inocente y mas augusta de todas las victimas y sobre el castigo de los judios impenitentes, acabarán de destruir en nosotros las aficiones al pecado, desenvolviendo ese temor saludable sobre el que vendrán á apoyarse, como sobre una base inmovil, una esperanza firme y un amor sincero.

En efecto, si por nuestros pecados somos los autores de la muerte del Hijo de Dios, tambien es cierto que la sangre que corre de sus llagas sagradas, tiene la virtud de lavarnos de este crimen. La justicia del Padre Celestial no se apacigua sino con la efusion de esa sangre divina, y la misericordia de este mismo Padre Celestial quiere que sirva para nuestro rescate. El hierro de los verdugos ha abierto cinco heridas en el cuerpo del Redentor, cinco heridas que son otras tantas fuentes de salud que corren sobre la humanidad para purificarla y restablecer en cada uno de nosotros la imagen de Dios que habia sido borrada por el pecado. Aprovechémonos con confianza de esta sangre divina, glorifiquemos á esta sangre libertadora que abre al pecador las puertas del Cielo, y cuyo valor infinito bastaría para rescatar millones de mundos culpables que el nuestro. Tocamos ya el aniversario de aquellos dias en que fué derramada. Siglos hace que esa sangre roció los miembros desgarrados de nues-

tro Salvador, y descendiendo á raudales por el madero de la cruz, bañaba esta tierra ingrata. A pesar de los siglos trascuridos, siempre es el mismo el poder de esa divina sangre.

Vengamos, pues, á beber «en las fuentes del Salvador; (1)» nuestras almas aparecerán llenas de vida, puras y brillantes con belleza celestial. No quedará en nosotros la menor huella de nuestras antiguas manchas, y el Padre nos amará con el amor mismo con que ama á su divino Hijo.

Con la sangre del Cordero que borra nuestros pecados, la Santa Iglesia nos recomienda en estos dias la veneracion á la Santa Cruz que es como el altar en que fué inmolada nuestra incomparable Victima. Dos veces en el discurso del año en las fiestas de la Invenzion y Exaltacion de la Santa Cruz, se nos ha mostrado este madero sagrado para recibir nuestros homenajes, como trofeo de la victoria del Hijo de Dios; pero en estos dias no nos habla mas que de dolores, ni ofrece mas que una idea de vergüenza y de ignominia. El Salvador habia dicho en la antigua alianza: «Maldito el que es suspendido en la cruz (2).» El Cordero que nos salva se ha dignado arrostrar esta maldicion, y por lo mismo debe ser mas apreciado por nosotros este madero otras veces infame, pero ya sagrado. Héle ahí convertido en instrumento de nuestra salud, prenda sublime del amor del Hijo de Dios hacia nosotros. Esta es la razon porque la Iglesia va á rendirle cada dia en nombre nuestro los mas tiernos homenajes, y nosotros uniremos nuestras adoraciones á las suyas. Reconocimiento hácia la sangre que nos ha rescatado, y tierna veneracion hácia la Santa Cruz, tales serán los sentimientos que en esta quincena deben abrigarse, particularmente, en nuestros corazones.

Pero ¿qué haremos nosotros por el Cordero mismo, por aquel que nos dá

(1) Hebr. X. 31.

(2) Rom. VIII. 32.

(3) Math. III. 17.

(1) Isaias XII. 3.

(2) Deut. XXI. 23.

su sangre y que abraza con tanto amor la cruz de nuestro rescate? ¿No es justo que vayamos en pos de él y que mas fieles que los Apóstoles en los momentos supremos de su Pasion le sigamos dia por dia y hora por hora en la via dolorosa? Nosotros le haremos compañía fiel en estos últimos dias en que está reducido á evitar las miradas de sus enemigos; nosotros envidiaremos la suerte de esas familias piadosas que le recogen en sus casas, esponiéndose por esta hospitalidad heroica á toda la rabia de los judios; nosotros, participaremos de las inquietudes mortales de la mas tierna de las madres; nosotros penetramos con el pensamiento en ese horrible Sanhedrin, en que se trama el mas abominable complot contra la vida del Justo. De repente el horizonte tan cargado de tempestades parecerá despejarse por un momento y oiremos resonar el grito de Hosanna en las calles y en las plazas de Jerusalem. Este inesperado homenaje concedido al Hijo de David, estas palmas, estas sencillas voces de los niños hebreos, serán una tregua instantánea para tan negros presentimientos. Nuestro amor se asociará á estos homenajes rendidos al Rey de Israel, que visita con tanta dulzura á la Hija de Sion, para que se cumpla el oráculo profético; pero estas alegrías serán de muy corta duracion y pronto volveremos á ser sumergidos en tristeza.

El discípulo traidor no tardará en consumir su abominable tráfico; llegará la última Pascua, y el cordero figurado desaparecerá ante el Cordero verdadero, cuya carne nos será dada para nuestro alimento, y cuya sangre nos será otorgada para nuestra bebida. Esta será la Cena del Señor. Revestidos con la túnica nupcial asistiremos á ella con los Discípulos; porque este dia es el de la reconciliacion que reúne en una misma mesa al pecador arrepen-tido y al justo siempre fiel. Pero el tiempo urge, necesario es dirigirse al huerto fatal, y allí es donde podremos apreciar el peso de nuestras iniquidades,

á vista de los desfallecimientos del corazón de Jesus, tan oprimido que pide gracia. Despues en medio de una noche sombría, los criados y la soldadesca conducidos por el infame Judas, pondrán sus manos impías sobre el Hijo del Eterno; y las legiones de ángeles que le adoran, quedarán como desarmadas á vista de tal crimen. Entonces empezará esa serie de injusticia de que serán teatro odioso los tribunales de Jerusalem. La mentira, la calumnia, la sed de la sangre inocente, las debilidades del gobernador romano, los insultos de los criados y de los soldados, los gritos tumultuosos de un populacho tan ingrato como cruel, tales serán los incidentes que llenarán las horas rápidas que deben correr desde el instante en que el Redentor fue apresado por sus enemigos, hasta el en que subirá cargado con la Cruz por la colina del Calvario. De cerca veremos todas estas cosas; nuestro amor no sufrirá que nos alejemos de estos momentos en los que en medio de tantos ultrages el Redentor se consagra al gran negocio de nuestra salvacion. Despues de las bofetadas, despues de la sangrienta flagelacion, despues del oprobio cruel de la coronacion de espinas, nos pondremos en marcha siguiendo al Hijo del hombre; y en los rastros de su sangre reconoceremos la huella de sus pasos. Necesidad tendremos de atravesar las olas de un pueblo avaro del suplicio del Inocente, y de oír las imprecaciones que vomita contra el Hijo de David. Luego que hayamos llegado al lugar del sacrificio, veremos á la augustísima Víctima despojada de sus vestidos, enclavada en el madero sobre que debe espirar, levantada en los aires entre el cielo y la tierra, como para estar mas espuesta aun á los insultos de los pecadores. Nosotros nos acercaremos al árbol de la vida para no perder ni una sola gota de la sangre que purifica, ni una sola de las palabras que por intervalos hará llegar el Redentor hasta nosotros. Nosotros nos compadeceremos de su Madre

cuyo corazón está traspasado con la espada del dolor, y cerca de ella estaremos hasta el momento en que Jesús al tiempo de espirar, nos confía á su ternura. Nosotros, en fin, pasadas las tres horas de agonía, le veremos inclinar la cabeza y redimiremos su último suspiro....

Un cuerpo inanimado lleno de heridas y contusiones, miembros ensangrentados y yertos por el frío de la muerte; eso es todo lo que nos queda de ese Hijo del hombre, cuya venida al mundo habíamos saludado con tanto entusiasmo. No le bastó á el Hijo del Eterno «anonadarse tomando la forma de esclavo (1);» este nacimiento en la carne, no era mas que el principio de su sacrificio. Su amor debía arrastrarle hasta la muerte, y á la muerte de cruz. Veia que no conquistaria nuestro amor sino á costa de una inmolacion tan generosa; y su amor no ha retrocedido. «Ahora bien; amemos á Dios, nos dice «S. Juan, puesto que Dios nos ha amado el primero (2).»

Tal es el fin que la Iglesia se propone en estos solemnes aniversarios. Despues de haber abatido nuestro orgullo y nuestras resistencias con el espectáculo formidable de la justicia divina, arrastra nuestro corazón para que amemos al que se ha entregado en lugar nuestro á los golpes de esta inflexible justicia. Desgraciados de nosotros si esta gran semana no nos convirtiera á aquel que tenia toda clase de derechos para aborrecernos, y que nos ha amado mas que á sí mismo. Digamos con el Apostol (3). «Porque el amor de «Cristo nos estrecha; considerando esto, que si uno murió por todos por consiguiente todos son muertos. Y Cristo murió por todos, para que los que «viven, no vivan ya para sí, sino para aquel, que murió por ellos, y resucitó.» Esta fidelidad debemos al que fue nuestra víctima y que hasta el último

instante en vez de maldecirnos, no cesó de pedir y obtener misericordia en favor nuestro. Llegará un dia en que aparecerá sobre las nubes del cielo; «los hombres verán entonces, dice el «Profeta, al que han sacrificado (1).» Ojalá que nosotros podamos ser del numero de aquellos á quienes la vista de las cicatrices de sus heridas no inspirará mas que confianza, porque ellos habrán reparado con su amor el crimen de que se habian hecho culpables para con el Cordero divino.

Esperemos de la misericordia de Dios que los Santos dias en que vamos á entrar, producirán en nosotros este cambio feliz, que nos permitirá cuando suene la hora del juicio, sufrir sin temor la mirada de aquel á quien ahora vamos á ver hollado por los pies de los pecadores. La muerte del Redentor trastorna toda la naturaleza, el sol se eclipsa en medio del dia, la tierra tiembla hasta en sus fundamentos, las rocas saltan en pedazos y se abren; ¡que nuestros corazones tambien se conmuevan! ¡que se dejen ir de la indiferencia al temor, del temor á la esperanza, de la esperanza al amor; y despues de haber bajado con nuestro Libertador al fondo de los abismos de la tristeza, mereceremos subir con él á la luz, rodeados de los esplendores de su Resurreccion y llevando en nosotros la prenda de una vida nueva que ya nunca dejaremos extinguirse!!!

Escrito en francés por el P. Guéranger, Abbé de Solesmes.

(La Cruz.)

MARIA AL PIE DE LA CRUZ.

Grande como la mar es tu quebranto.

THREN. II.—13.

Vosotras, que habeis recibido del Cielo inestimables tesoros de ternura y conmiseracion; vosotras, que comprendéis el idioma puro del amor y los dolorosos misterios de la vida; vosotras,

(1) Philiq. II. 7.

(2) Joann. IV. 19.

(3) II Cor. V. 14.

(1) Zachar. XII 10.

que con ánimo fuerte soportais las propias amarguras, y con sensible corazón horais las penas extrañas, oidme: Aquí, á la sombra de este melancólico ciprés que á la continua nos señala el Cielo, os cantaré la lastimosa tragedia de un *alma triste hasta la muerte*. No pulsaré la muelle lira, coronada de mirtos y rosas; el arpa de cuerdas de bronce del Profeta acompañará mis lastimeros cánticos, mis acongojados suspiros.

¿No veis allá en la lontananza del Oriente y alumbrada por el rojizo resplandor de un triste crepúsculo, la cumbre de un monte que se levanta á los cielos coronado con el patíbulo de la cruz? Acercaos, no temais. No es el Sinai que oculta en las nubes su cabeza circundada de la ígnea diadema del relámpago es el Calvario, que se conmueve bajo el peso del autor de la vida entregado á la muerte. ¿Le veis? Es Jesus. Aquel que há poco fué recibido con el olivo y el laurel, es maltratado con la saliva y el hierro. No bastaron ni el sudor de sangre de Gethsemaní, ni la bofetada del siervo, ni las injurias de Caifás, ni la irrisoria túnica, ni las afrentas del pretorio para satisfacer la Suma Justicia, y para saciar la sed de sangre de un pueblo ingrato y cruel. Todo esto era poco. Aquel que no tenia donde reclinar su cabeza, ya la reclina ahora sobre el sangriento madero de la cruz.

¿Cuánta diferencia, cuánta, entre Bethlem y Jerusalem! Los limpios pañales que en el pesebre le abrigaron, se han trocado por duros clavos que en el árbol le martirizan. Allí dormía en el heno, aquí pende del teño. Cánticos de Angeles le arrullaron al nacer: blasfemias del malvado le insultan al espirar. Los Reyes, que postrados le adoraban; no están en su presencia: delante solo tiene sus enemigos que le escarnecen y maltratan.

¡Mas ay! no está solo. Postrado á sus pies hay un corazón que comparte los dolores de su pasión eructa, y él le paga compartiendo los dolores de su amor ferviente. Si tres Reyes le ofre-

cieron un tiempo sobre las pajas mirra, oro é incienso, una Reina le presenta ahora sobre la cruz la mirra de sus lágrimas, el oro de su pureza, el incienso de su adoración.

¡Oh, vedla! ¡Cuán hermosa está en su dolor! El es *grande como el mar*: no tiene semejante. Aquella hermosura celestial que habia de decorar la morada del Rey de Reyes, se vé ofuscada bajo las nieblas de la más profunda tristeza. La tristeza que apresura la muerte está ya dándosela á su corazón! Esposa enamorada, vé morir entre horribles angustias al esposo de su alma. Esclava humilde, noble criatura, vé acabar entre afrentas á su Señor y Dios. Madre privilegiada, vé espirar desamparado al Hijo de sus entrañas. ¿Quién comprenderá su dolor!

Vaso frágil de leve arcilla no puede contener la ardiente lava que le hiciera estallar, así el corazón humano moriria de dolor si llegara solo un momento á comprender el dolor de María. El mortal solo puede sospecharlo, aunque friamente, en las mayores aflicciones de la vida; en esas acerbas despedidas en que vemos ausentarse para siempre de nosotros las más caras prendas de nuestra alma.

¿No recordais aquel dolor de muerte que traspasó vuestro pecho cuando perdisteis al amado de vuestras ilusiones, ó al padre de onbañecidos cabellos, ó al hijo de vuestro propio seno? Imaginad ahora por un instante las angustias que padecería aquella Madre que en Jesus veía y perdía á su Esposo, á su Señor, á su Hijo.

Aquel dolor sin nombre y sin límites era como un Océano sin riberas: así lo dice el Profeta de las desventuras; así lo canta Jeremias. El Apóstol, que de Saulo perseguidor se convirtió en Pablo mártir, habíale comparado á una espada de dos filos, y que tocaba hasta la división del alma y del espíritu. ¡Oh! Sí. La medida del dolor es el amor: cuanto este es abrasador, aquél es penetrante; María amaba á Jesus

con un amor fuerte como la muerte, y las angustias con que compartia su passion no cabian en los terminos de la vida. Así tú, ilustre Alselmo, esclamas: «¡Oh Virgen! ¿Qué fueron, comparadas á tus sufrimientos, cuantas crueldades se ejecutaron en los cuerpos de los mártires? Nada.

¡Oh! Si mi cristiana arpa y el canto de mi afligido corazon revelan, aunque débilmente, tan tristisimas amarguras, vosotras que me escuchais; vosotras, amantes hijas; enamoradas esposas, apasionadas madres, llorad en tanto que el mundo ríe insensato: hacedme coro con vuestros suspiros.

Pero María, la Madre del Divino Cordeiro, no como débil mujer exhalaba estériles sollozos. Si su congoja era inmensa, inmensa era su resignacion. Allí, como dice el águila de Patmos, *estaba junto á la cruz de Jesus su Madre*. No prórumpia en alaridos de dolor: ofrecia en secreto el sacrificio de sus padecimientos. No, como Agar, apartaba sus ojos por no ver la muerte de su hijo, sino que soportaba su suplicio como la Madre del último Macabeo. Donde está Jesus, allí María. Fiel á su Hijo hasta la muerte, estaba junto á la cruz en que éste moria. Ella le sonrió en Bethlem; ahora le llora en el Calvario. Pendiente de la cruz estaba el Hijo; junto á la cruz la Madre. Y así como Aquel se hallaba vuelto al Occidente para atraerlo con sus abiertos brazos, María con Juan se volvió hacia el Oriente, repasando con sublime mirada sus heridas para imprimir las en su corazon. ¿Hay dolor igual?

¡Oh! Vosotras las de alma tierna: vosotras que me escuchais, llorad al menos, llorad.

Más en medio de aquellas espesas tinieblas que iban envolviendo la haz de la tierra, un rayo purísimo la inundó en luz de esperanza. En medio de aquel sordo estruendo con que el orbe conmovido se preparaba á dar testimonio del Hijo de Dios, los labios de este se entreabrieron, y sus palabras derramaron bálsamo en nuestros dolores, co-

mo en otro tiempo habian disipado las tempestades del mar. Jesus, próximo á María y á la muerte, quiso encomendar el amado discípulo en manos de su Madre, como El en breve habia de encomendar en las del Padre su espíritu fatigado. ¿Y cómo mejor que diciéndole: *Muger, hé ahí tu Hijo?*

Pero á tí, ¡oh María! este cambio debia serte desconsolador. Tanto como el hombre, en la figura de Juan, subia en dignidad, tú declinabas en ella; Jesus era Señor, Juan siervo: Aquel era Maestro, este Discipulo. ¿No se humillaba, pues, la que se hacia Madre del hombre, habiéndolo sido de Dios?

¡Dulce misterio del amor! Aquel Jesus, que constituido en la agonía, estaba próximo á exhalar el postrer aliento se curaba del miserable mortal, por cuyos ultrajes moria. Aquella Inmaculada Virgen, en cuyo seno habia morado todo un Dios, quedaba constituida defensora de su mismo ofensor. La amantísima Madre que sentia en su alma la dolorosa impresion de los clavos, las espinas y la lanza, era nombrada protectora al mismo que con sus culpas le atormentaba. Allí veia crucificado á su Unigénito, y acataba el mandato que la elegia Madre de quien le crucificaba. ¿Y no era este un nuevo dolor para aquella que, sin derramar sangre, estaba padeciendo el mas tremendo martirio; para aquella, que siendo hondamente afligida, quedaba hecha Madre de los afligidos?

Más ¡oh tesoro de felicidad! El Divino Redentor, no contento con satisfacer al Padre por el hombre, quiso elevar á éste á la dignidad de su hermano de adopcion. Aquel raudal de caridad se derramaba sobre el género humano para proveer á todas sus necesidades. Iba á volver al seno del Padre por la puerta del sepulcro; y para no abandonarle en orfandad, despues de dejarse á si mismo, dejó al hombre, simbolizado en el amado Juan, por hijo de María. Hé ahí le dijo, *hé ahí tu Madre*, y desde entonces se afirmaron sus esperanzas; tuvo un

mediadora en sus debilidades y caídas, una consoladora en sus aflicciones.

¿Comprendes, acaso, débil corazón humano, tú que tan apegado estás á los intereses perecederos porque te agitas; comprendes el excelso privilegio de tan sublimes palabras?

Desde aquella hora triste, pero gloriosa, una eres tú, Madre de Dios y del hombre. Tú lo eres del reo y del juez; de los miserables y de las misericordias. Desde aquel punto el mortal arde en tu amor, porque eres emblema del amor immaculado. Si es pecador, en tí espera como en tesoro de clemencias; y si necesita gracia, á tí recurre, que de gracia estás llena. Si mira á la cruz, ve á su Dios: si á los piés de la cruz, á su Madre. Sé, pues, propicia á las ansias de su corazón. Tu Hijo moribundo quiere que le recibas por hijo tuyo: cúmplase su palabra.

Recíbele, y oiga enajenado á tus labios lo que el Rey profeta decía: *Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy.*

Recíbele ¡oh María! pues solo te hace una súplica: *que te muestres como Madre.*

Almas que sabeis pagar el amor con el amor, cantadle vuestras alabanzas, juradle vuestra fé.

Mas hé aquí que, como dice el Evangelista, *viene la hora y ya llega;* y María, como una cándida paloma que presiente la cercana tempestad, comienza á adivinar el sumo dolor que le espera. Mira al sol, y lo vé oscurecerse; mira á la tierra, y la siente temblar; mira á Jesús, y le ve próximo á exhalar el último suspiro.

Siguen en tanto la befa y el escarnio con que le ultraja el más ingrato de los pueblos; y rendido á tantas injurias y á tan prolongados tormentos, parece que ya sale de los divinos labios el espíritu de Dios.

Levanta sus ojos la desconsolada Madre, y halla la compasiva mirada del Hijo que la anima y fortalece. «En tus manos, parece que le dice, en tus manos encomiendo mi cuerpo. Bájale de la cruz; y como en otro tiempo le en-

volviste gozosa en los pañales, envuélvele ahora triste en el sudario; como entónces me depositabas en el pesebre, reclíname ahora en el sepulcro.»

¡Oh dulce Madre! Yo, débil mortal, no puedo comprender el agudísimo dolor que padecerías con tan amarga despedida. Yo solo sé amarte y llorar contigo. Presiento la acerba soledad que te espera, y quiero volar á los piés de la cruz para compartir humildemente tus aflicciones. Cuando Jesús haya descendido del árbol de la salud, mi alma será tu compañera. Pecadora es; pero ¿no eres tú el *refugio de los pecadores?*

¡Ay! Interrúmpase el canto; calle el arpa mortal que ha querido decir el dolor de la Madre de Dios. Dejemos ya la sombra del ciprés, y caminemos al Calvario. Seguid tras el pobre cantor, vosotras las del pecho amante y compasivo. Allí se bañará vuestro corazón en el perfume del amor que nunca se acaba.

ANTONIO ARNAO.

(Gaceta de Madrid núm. 92.)

ANUNCIOS.

HABILITACION DE LAS CLASES ECLESIASICAS DE LA PROVINCIA DE ALBACETE.

Desde el dia de hoy queda abierto el pago á las clases eclesiásticas de esta provincia de la mensualidad de Marzo último; y lo pongo en conocimiento de los partícipes para que inmediatamente procuren hacer efectivo el cobro en la forma acostumbrada. Albacete 1.º de Abril de 1858.—El Habilitado, Pablo Medina, Pbro.

Se halla vacante la tenencia de cura de la parroquia de San Juan Bautista de la villa de Ocaña, dotada en 2000 reales pagados del presupuesto del clero, y otros 2000 que percibirá por otros conceptos el sacerdote que la desempeñe, los cuales garantiza el párroco, inclusa la celebracion.